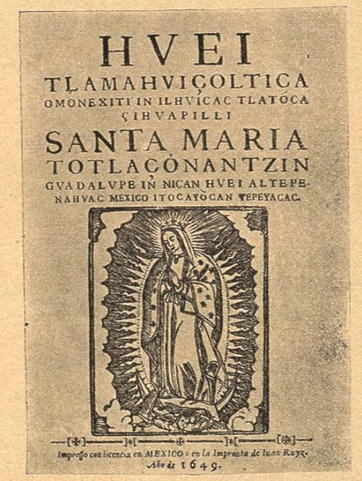
I

Historia de la Milagrosa Aparicion, segun el texto publicado en 1649 por Lasso de la Vega.

Lecciones del nuevo Oficio, concedido y aprobado por S. S. Leon XIII, en que se relata la tradicion y culto guadalupanos.

Vida de Juan Diego.


HVEI
TLAMAHVIÇOLTICA
OMONEXITI IN ILHVICAC TLATOCA
ÇIHVAPILLI
SANTA MARIA
TOTLAÇONANTZIN
GVADALVPE IN NICAN HVEI ALTEPE-
NAHVAC MEXICO ITOCAYOCAN TEPEYACAC.
Impreso con licencia en MEXICO: en la Imprenta de Juan Ruyz.
Año de 1649.

Portada del libro publicado por Lasso de la Vega en 1649, de donde está tomado el texto. La traducción del título es ésta: *La Gran Maravilla apareció en el Cielo, la Gran Señora Santa María, Nuestra Amada Madre Guadalupe, aquí cerca la ciudad de México, su nombre Tepeyacac.*

AQUI se cuenta, se da razón, como nuevamente con gran milagro apareció la esclarecida Virgen Santa María Madre de Dios, Nuestra Señora; allí en donde se dice *Tepeyacac.*

2. Primeramente apareció á un natural que se llamaba Juan Diego; y después apareció su divina imágen delante del primer obispo D. Fr. Juan de Zumárraga; también se cuenta cuantos milagros ya ha hecho. Como á los diez años de comenzado á disponer del agua, del monte México, cuando ya se había puesto en quietud la saeta y el escudo, cuando ya en todas partes había quietud como que ya comenzaba á brillar, ya se desbrochaba la fe y el conocimiento de Aquel por cuyo favor vivimos, que es el verdadero Dios.

3. En el año de 1531 á principio del mes de Diciembre sucedió que había un natural pobrecito que se llamaba Juan Diego, segun se dice, allá su casa era en *Quahutítlan*, y por las cosas divinas que aún todavía todos pertenecían en *Tlatilolco*, sábado era por cierto muy de mañana,

venía en seguimiento de las cosas divinas y tambien de su mandado, y habiendo llegado junto al cerro llamado *Tepeyacac*, cuando iba amaneciendo, oyó que sobre el cerro cantaban como cuando muchos escogidos pájaros cantan, retumbaban sus voces, como que les daba correspondencia el cerro, en gran manera regocijaba, daba alegría su canto, excedía del todo al pájaro cascabel y á los otros escogidos pájaros.

4. Se paró con refleja Juan Diego y se dijo á sí mismo: ¿Por ventura es mi dicha lo que ya oigo? ¿Quizá solamente lo sueño? ¿En dónde ya estoy? ¿Dónde me veo? ¿Por ventura ya es ahí donde dejaron dicho los ancianos nuestros antepasados, nuestros abuelos, la tierra florida, la tierra fructífera? ¿Por ventura ya es ahí el paraíso terrenal?

5. Hácia allí estaba mirando sobre el cerro, hácia el oriente de donde salió el canto celestial: y habiendo cesado el canto, oyó cómo es llamado sobre el cerro y le dicen: Juan. Juan Diego no se atreve á ir allá en donde es llamado, no se mueve, quizá con alguna cosa se pasmaba; empero mucho se alegró, se regocijó, fué subiendo el cerro donde fué llamado y cuando ya iba llegando, en la cumbre del cerro vió una señora que allí estaba parada, le llamó para que fuera con ella y habiendo llegado en su presencia en gran manera la vió con cuidado, de la suerte que excedía en mucho su hermosura, su vestuario como el sol radiante resplandecía y las piedras, y las cuevas, donde herían sus resplandores en el herirlo su luz era como el precioso oro, como el arco-íris daba visos la tierra, y los nopales y todas las demás yerbecitas que allí se dan como yerba celestial, sus hojas parecían y sus espinas como el oro resplandecían en su presencia; hizo acatamiento, oyó sus voces, sus palabras que en sumo grado regocija como que lo halagaba, como que lo quería, le dijo:

6. Oye, xocoyote mío, Juan, ¿á dónde vas? Y él le respondió: Diosa mía, Señora mía, mi doncella, allá voy á tu casa, México-Tlatilulco, voy en seguimiento de las cosas divinas que nos enseñan nuestros padres.

7. Luego con ésto le cuenta, le hace sabedor de su divina voluntad y le dice: Sábete, esté muy cierto tu corazón, xocoyote mío, en que soy la en sumo grado siempre Virgen Santa Madre del verdadero Dios, por cuyo favor vivimos, el criador, el dueño del cielo y el dueño de la tierra. Deseo muchísimo que aquí me fabriquen un templo para que en él muestre, dé á conocer y dé todo lo que es de mi amor, de mi misericordia, de mi socorro y amparo que en verdad yo soy vuestra piadosa madre, á tí y á todas las demás gentes mis queridas que me llaman, que me buscan, que en mí confían, allí les oiré su llanto, sus palabras, para que perfeccione y cure todas sus dolencias, sus trabajos y sus miserias, y para que se verifique lo que intento, y mi misericordia; anda allá en el palacio obispal del Obispo de México, y le dirás cómo yo te envío á que le hagas notorio, cómo mucho deseo que aquí me haga un templo y le contarás muy bien todo lo que vistes y lo que oísteis, y esté fijo tu corazón que mucho lo agradeceré y que le pagaré con la gloria y mucho merecerás con lo cual galardonaré tu cansancio, tu trabajo, con que has de ir á hacer diligencia acerca de lo que te envío; ya oísteis, mi xocoyote mis palabras, anda haz toda tu diligencia.

8. Y luego con ésto delante de ella se postró y le dijo: mi Diosa, mi Señora, ya me voy á dar cumplimiento á tu mandato.

9. Y luego se bajó para ir á dar cumplimiento á lo que le fué encargado, cogió el camino que viene derecho á México. Habiendo llegado dentro de la ciudad, luego fué derecho hácia el palacio obispal del señor Obispo que primeramente vino, cuyo nombre era D. Fr. Juan de Zumárraga, religioso de San Francisco. Y habiendo llegado, luego hizo diligencia de ver al señor Obispo, les rogó á sus criados que le den noticia de él, después de buen rato le vinieron á llamar cuando ya avisado el señor Obispo que entrara, y habiendo entrado delante de él se hincó, y se postró y luego con ésto le contó las palabras de la Reina del cielo, también le dijo todo lo que vió y lo que oyó, y habiendo oído todas sus palabras y su mandado como que no perfectamente se persuadió, le dijo, le respondió:

10. Hijo mío, otra vez vendrás muy despacio, te oiré muy desde el orígen, veré á lo que vinistes, tu voluntad, tu deseo. Se salió con mucha tristeza, porque no luego al punto se tuvo por verdadero su mandado.

11. Luego se volvió en este mismo día y se fué derecho sobre el cerro donde vió á la Reina del cielo que aún todavía allí, en donde primero la vió, le estaba aguardando, y habiéndola visto delante de ella se postró, se rindió en el suelo, le dijo: Mi diosa, mi nobilísima persona, mi señora, mi xocoyota, mi doncella, fuí allá en donde me enviaste: aunque dificultosamente entré en la habitación del señor Obispo, lo ví al fin, delante de él puse tus palabras de la manera que me avisaste, me recibió con agrado y me oyó atentamente; pero me respondió como que no lo tuvo por cierto, no lo cree, me dijo otra vez vendrás aún todavía con despacio, te oiré muy de raíz, veré á lo que viniste, lo que quieres, lo que deseas. Ví en él, segun me respondió, que le parece que el templo que quieres que te hagan aquí, que quizá yo lo finjo, que quizá no es tu voluntad. Te ruego mucho, mi Diosa, mi Señora, mi hija, que en algunos de los caballeros que son conocidos, reverenciados y atendidos dejes este empeño para que lleve tus palabras para que sean creídas. Cierto es que soy un pobre, no soy digno de andar, no soy digno de estar allá en donde me envías, perdóname, mi xocoyota, no le de yo pesadumbre á tu esclarecido corazón, no caiga yo en tu enojo.

12. Le respondió, la siempre esclarecida Virgen, y le dijo: óyeme, mi xocoyote, ten por cierto que no están escasos mis siervos, mis embajadores en quienes dejar mis palabras para que verifiquen mi voluntad; pero importa que tu hables por ello, con tu cansancio, en tus manos se ha de verificar, se ha de hacer mi deseo, mi voluntad; pero mucho te ruego, mi xocoyote, y te aviso con mucho cuidado, que otra vez haz de ir á ver mañana al Obispo y por mí próponle, dale á entender mi deseo, mi voluntad para que haga el templo que le pido; y otra vez díle cómo yo soy la siempre Virgen Santa María, la Madre de Dios quien allá te envía. Y Juan Diego le respondió, le dijo: Reina del cielo, mi Diosa, mi doncella, no aflija yo tu corazón, que con todo mi corazón iré á hacer verdaderas tus voces, tus palabras; de ninguna manera las dejo por no querer ó porque tenga yo por penoso el camino, sino solamente porque quizá no seré oído y si acaso fuere oído quizá no seré creído; iré y seguiré tus palabras y mañana en la tarde al entrar el sol vendré á dar respuesta á tus palabras con lo que me respondiere el señor Obispo, ya te dejo, mi xocoyota, mi doncella, mi Señora, miéntras descansa.

13. Luego con ésto se fué á su casa á descansar. Y el día siguiente domingo por la mañana salió de allá de su casa, vino derecho á Tlatilulco siguiendo lo divino y la cuenta. Luego ya determinado á ver al señor Obispo y ya como á las diez que se acabó el oir la Misa y la cuenta, con ésto se salieron todos cuantos naturales habían ido; pero Juan Diego luego se fué al palacio obispal del señor Obispo y habiendo llegado, toda su diligencia hizo para verlo, muy dificultosamente otra vez le vió, á sus piés se hincó, luego al punto lloró, y se enterneció al contarle, al manifestarle las palabras de la Reina del cielo para que quizá con eso fuera creída su encomienda y la voluntad de la esclarecidísima Virgen el que le hagan el templo en donde mentó, en donde quiere.

14. Pero el señor Obispo muchas cosas le preguntó á Juan Diego para tener por cierto el suceso le preguntó: ¿dónde la vió? y ¿cómo es la señora que vió? y él todo lo que vió le contó al señor Obispo; pero aunque todo le declaró de la suerte que era con que muchísimo parecía que ella era la Purísima Virgen, la querida Madre de Nuestro Señor Jesucristo; pero no con eso se certificó. Dijo: no solamente con sus palabras se ha de hacer, se ha de conseguir lo que pide. Es muy necesaria alguna señal para que se crea cómo ella propiamente es la Reina del cielo, la que te envía.

15. Y habiéndolo oído Juan Diego, le dijo al señor Obispo: señor, mira cual ha de ser la señal que le pides, que luego al punto iré á pedírsela á la Reina del cielo quien me envió, y viendo el señor Obispo que se afirmaba, y que con nada se confundía ó se aturdía, le dijo: que se fuera, y les avisó á algunos cuantos criados suyos en quienes mucho confiaba, que le siguieran y que le espiaran á dónde iba y á quién iba á ver ó á hablarle. Así, pues, se hizo, y Juan Diego luego al punto cogió el camino real, y los que le seguían allí, en el puente del río que pasa junto del cerro, le perdieron; aunque en todas partes le buscaron en ninguna parte le hallaron. Así se volvieron, no solamente se aburrieron sino que tambien con él se enojaron, se volvieron y con el señor Obispo le pusieron más de lo que sucedió para que no le crea: le dijeron que solamente le engañaba y fingía lo que le venía á decir, que quizá lo soñó, y se concertaron y dijeron si otra vez viniere acá le cogerán y crudamente le castigarán para que otra vez no mienta.

16. El día siguiente, lúnes, cuando había de llevar Juan Diego alguna señal para que fuera creído, ya no volvió porque cuando llegó á su casa, un su tío que con él estaba, llamado Juan Bernardino estaba muy malo de tabardillo; primero le fué á llamar el médico, y primero procuró por su salud; pero ya no era tiempo porque ya estaba muy malo; muy de mañana le rogó su tío que le fuera á llamar á uno de los padres allá en Tla-